



CAPÍTULO V

Llama Dios á Rosa á la imitación de Santa Catalina de Sena. Ella, siguiendo sus pasos, toma el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo.

LNNUMERABLES SON sin duda los caminos por donde la sabiduría eterna suele llevar á las almas que escoge para que suban á la cumbre de la perfección. A Rosa quiso guiarla por su misma mano, por el atajo, por donde quiso caminar la seráfica virgen Santa Catalina de Sena.

Estaba su madre muy ufana y desvanecida, no con mal fundadas esperanzas, pensando había de casarla con mucho interés y honor. Al matrimonio la tenía destinada desde sus primeros años. Y no desdecían del propósito la peregrina hermosura de Rosa, su discreción, el brío y gala de su talle y cuerpo bien dispuesto; y finalmente la dulzura de carácter que en ella se descubría, efecto en primer término de la gracia y después del mucho cuidado que María de Oliva había puesto en la educación de su hija; prendas todas que la hacían amable y que despertaban la atención y el deseo de muchos pretendientes, para pedirla por esposa. Por

el contrario, creía la inocente Rosa que el haberse anticipado con tanto tiempo cortándose el cabello, imitando en este hecho heroico á Santa Catalina de Sena, había sido también cortar las esperanzas de su madre y las redes y lazos que podían armarla en orden á tratar de casamiento. Y no parando aquí, prosiguió sin descanso la obra de desfigurarse á sí misma con ayunos; y de afearse vistiéndose un tosco saco de sayal. Huía las ocasiones de ver ó ser vista en público; estaba siempre escondida en casa, para no ponerse en riesgo de que nadie la mirase con afición y cuidado. En los cuatro años que vivió en Cantá con sus padres, ni un pie sacó fuera de los umbrales de su posada, ni quiso ver un jardín ameno que estaba muy cercano á su casa, sino sólo una vez que la mandaron sus padres que fuese en compañía de otras doncellas, hijas de señoras de distinción, que deseaban ver los ingenios de los indios. Y aun entonces apenas llegó al verjel ameno, se estuvo sentada en un rincón, sin que la curiosidad pudiese vencerla á fijar la vista en el sitio ameno ó á ver la famosa fábrica. Mas tanto retiro no bastó para no tener muchos pretendientes, á quien el mismo recato y honestidad en medio de tanta belleza ponía en mayor deseo de tenerla por esposa.

Entre muchos que estaban á la mira, cierta matrona esclarecida, por la nobleza y por los intereses, deseaba mucho tener á Rosa por nuera; y que fuese esposa de un solo hijo que tenía. No se engañaba en el trato; pues en tan feliz cambio, más bienes había de recibir, que podía dar en dote con el hijo heredero. Agradaba mucho á entrambas partes este convenio por lo bien que les estaba; y en especial, porque los padres de la virgen, como cortos en los caudales y hacienda, se veían en necesidad de apelar á toda clase de recursos lícitos para mantener á los hijos. Sólo faltaba que Rosa, á quien ponía en punto de perder la vida, sólo el oír nombrar casamiento, porque se acordaba siempre del voto de virginidad que tenía hecho á su Esposo, accediese á lo

que sus padres la proponían. Con todo esto no se atrevía, conociendo la recia condición de su madre, á descubrir el secreto impedimento con que de su voluntad estaba ligada. Los pesares y rencillas domésticas, las injurias y malas palabras, así de sus padres y hermanos, como de sus parientes, que sufrió nuestra virgen con igualdad de ánimo por esta causa, ninguno podrá ponderarlos ni comprenderlos, á no ser leyendo atentamente la historia de Santa Catalina de Sena, en la que se escribe que su madre Lapa, la reprende, la molesta y la riñe sin clemencia; y en la que, la santa, insensible á todo, conserva el propósito tenaz de no sujetarse al yugo del matrimonio. La única diferencia que se advierte entre una y otra santa, es que Santa Catalina sólo tiene que sufrir de sus domésticos palabras pesadas, mientras que Rosa de Lima siente los efectos de la ira de sus padres y hermanos, en las bofetadas y puntapiés que descargan sobre ella. Con todo esto prevaleció en la constante virgen la idea de la Maestra Seráfica, (así solía ella llamar á Santa Catalina de Sena), á quien desde sus primeros años había elegido por ejemplar, para imitarla en el hábito, en las costumbres y en el estado.

Todas las cosas parece se habían conjurado contra Rosa para que no consiguiese lo que tan ardientemente y con tantas lágrimas deseaba, que era el hábito de Terciaria de Santo Domingo de Guzmán. Fué también obstáculo para esto la fundación del convento de Santa Clara, hecha por la esclarecida señora D.^a María de Quiñones, sobrina de Santo Toribio de Mogrovejo, que todavía vivía, modelo acabado de celo pastoral y de todas las otras virtudes. que debe poseer un sucesor digno de los apóstoles.

Sin que hubiera precedido solicitud ninguna por parte de Rosa, la invitaron para que se decidiera á formar parte de aquella comunidad. Luego que lo supo con certeza, trató de consultarlo con Dios, dejando con todo rendimiento en sus manos el misterio de su vocación. No rehusaba la estrechísima clausura del con-

vento que la ofrecían, ni la observancia del arduo instituto; antes viendo que este era el asilo seguro de su pureza, hallaba que era muy conforme al deseo de vida más observante, que desde que tuvo uso de razón sintió en sí misma. Se mostraba tanto más inclinada á este partido, cuanto que había aprendido por una triste experiencia que apenas podía escaparse de otra manera de las importunas molestias de los que la pretendían para esposa; de la batería de sus padres, hermanos y domésticos; y de la vista y conversación del mundo, que tanto la ofendía. Pero aquí se descubrió el secreto de la divina providencia en el medio que escogió para que esto no se llevase adelante, que fué la madre de Rosa. ¿Quién había de sospechar tal cosa? Juzgaban todos que ésta había de ser la primera que lo solicitara; ya por el respeto debido á tal Arzobispo, ya porque viéndose cargada de hijos y obligaciones podía dar estado tan honrado á su hija sin dote alguno. Con todo esto ella lo resistió, dando por excusa la pobreza de su casa, la que sustentaba Rosa con el trabajo de sus manos. Se oponía también su abuela, ya casi acabada y consumida con la edad y enfermedades, y siempre en la cama; á quien sólo asistía la virgen, acudiendo á las muchas necesidades que se le ofrecían. Otros obstáculos se pusieron delante; dispuestos, sin duda, por la Sabiduría divina, la que guardaba á Rosa para adornar el vergel florido de Santo Domingo de Guzmán.

Para hacer más palpables estos designios de la Providencia de Dios, fueron necesarios dos prodigios. El primero se realizó de este modo: Los que conocían á Rosa y la veían tan sedienta de dones celestiales y de vida muy ajustada, los que la consideraban tan dada á ejercicios espirituales, á soledad, penitencia y castigo de su cuerpo; y que vivir en el siglo le daba en rostro y que le era el mundo aborrecible, la persuadían que entrase en algún monasterio, donde con más libertad pudiese servir á Dios. Lo mismo juzgaron después los

confesores; en esto convenían también otros muchos hombres eminentes por la ciencia y la virtud. Al juicio de tantos tuvo que sujetar Rosa su dictamen; y así por medio de un hermano suyo se determinó á intentarlo, con consentimiento de su abuela; resignándose toda en la voluntad divina, como lo había hecho en el suceso pasado. Valiéndose de un hermano suyo, había conseguido ser admitida en el convento de la Encarnación de religiosas agustinas. Nada faltaba por hacer, sino que dejando Rosa la casa de sus padres, se fuera derecha al convento en el que la esperaban con las puertas abiertas para recibirla en secreto, sin ruido ni pompa.

En el domingo siguiente, día señalado para hacer este piadoso robo de sí misma, tomó el camino y por guarda ó compañero de tan alegre viaje á su hermano, que estaba en todo. Al pasar por la iglesia de Santo Domingo entró allí con su hermano, para tomar de antemano en la capilla del Rosario la bendición de María Santísima, á quien siempre tuvo por Madre, para que fuese su ayuda para proseguir el camino comenzado. Apenas se puso de rodillas para hacer oración, cuando se halló como clavada en el suelo del templo, sin poder moverse. Viéndola su hermano tan fija y que se iba pasando el tiempo concertado con las monjas, comenzó á darla prisa, diciendo que era ya ocasión de irse, y que para detenerse en la oración, más y mejor lugar tendría en el monasterio á donde caminada. Mas la virgen reconociendo que no podía moverse del lugar donde estaba, corrida de sí misma y saliéndole al rostro los colores, intentaba por otra parte disimularlo, y forcejaba, por ver si de algún modo podía desasirse de aquellos secretos grillos y cadenas, con que la tenía aprisionada aquel raro y misterioso prodigio. Entre tanto su hermano, volviendo desde la puerta de la iglesia á llamarla, reprendió su tardanza, exajeró el peligro que había en detenerse, dió la mano á la que procuraba levantarse y no podía: ambos probaron las fuerzas y ambos se cansaron en vano. Entendió ella el misterio

como discreta, de que no era Dios servido se recogiese en aquel monasterio tan poblado de vírgenes; que era otra cosa la que había dispuesto en orden á su modo de vida la Providencia eterna; y que era resolución del cielo que siguiese los pasos de Santa Catalina de Sena, y viviese cercada de espinas y de trabajos. Por lo cual así como estaba inmóvil, vueltos los ojos á la clementísima Reina del Rosario, en la actitud en que se encontraba la dijo: «Yo prometo, Señora, de volverme desde aquí á la casa de mi madre, y hacer de ella retiro y monasterio todo el tiempo que Vuestra Majestad fuere servida.» ¡Raro portentoso! Desde aquel instante se sintió ligera como una pluma, la que había sido hasta allí de plomo; y sin que la diesen la mano se puso en pie y se volvió á su casa.

El otro prodigio sucedió del modo siguiente. Produce Lima una especie de mariposas de tan brillantes y variados colores, que casi pueden competir en los matices con los papagayos, de que hay allí mucha abundancia. Estaba una vez la virgen suspensa mirando el hábito listado de blanco, y negro de la Seráfica Maestra, Deliberaba consigo misma, sin acabar de determinarse, sobre tomar el hábito Dominicano; y en aquella sazón una mariposa pintada hermosísimamente de blanco y negro, batiendo blandamente, aunque no sin misterio las alas, comenzó á formar círculos en torno de Rosa con halagüeño festejo. Ella al punto arrebatada en éxtasis, conoció claramente el enigma del misterio, en que poco antes vacilaba, y que este prodigio era oráculo divino, y que daba á entender, que al fin había de vestir el hábito de la Tercera Orden de Predicadores.

No resultaron fallidas las esperanzas, que concibió nuestra santa de vestir el hábito de Terciaria dominica. Desvanecidos poco después todos los obstáculos y dificultades pudo conseguir lo que pretendía, y vistió el hábito de dos colores, que tanto amaba en su maestra; dándosele por sus manos solemnemente su Confesor, que era el Padre Maestro Fr. Alonso Velázquez, de la

Orden de Predicadores, por comisión del Provincial, y en la Capilla del Rosario donde aconteció el primer prodigio. Sucedió esto el año 1606, día de San Lorenzo Martir. Desde entonces se consideró la ilustre terciaria como la más feliz de las vírgenes, por la semejanza exterior que tenía con Santa Catalina de Sena. ¿Qué mucho, si desde los más tiernos años creció con ella este deseo, consagrándose desde el quinto, y entregándose toda á la que llamaba su querida maestra? Mas cuando en lo retirado de su casa oyó leer después la historia de su Maestra, con tanta atención escuchada, como si para ella sola se hubiera escrito, se sintió interiormente inflamada en deseos de imitarla en todo; sin poder quietarse hasta conseguir el conformarse como verdadera discípula con la perfección heroica de tal Maestra; no solo en lo exterior del hábito, sino en lo interior de las virtudes.

Y si fué dificultoso conseguir el hábito sagrado al cabo de veinte años de deseo y venciendo tantas dificultades, no lo fué menos conservarle hasta la muerte. Se halló en efecto combatida por muchas partes, para tomar otro estado, y no dejaba la prudencia humana, ignorante de la disposición divina, de persuadirla admitiese el ser monja en otras religiones, porfiándola en esto y molestándola; representándola que era mejor empleo y más digno de su espíritu recogerse al monasterio que vivir en el siglo, aunque fuese con hábito de Tercera.

Solo referiré dos casos en que fué más recia la batería y donde más dura prueba se hizo de su constancia, siempre insuperable, invencible siempre.

El contador D. Gonzalo de la Maza, que tenía mucha autoridad con la virgen, porque la sustentaba en su casa, y cuyas palabras eran para ella más que precepto; ó movido por sí ó á persuasiones de otros la hacía grandes instancias para que entrase en la nueva reforma de las Franciscanas Descalzas, creyendo que este era el estado más ajustado al genio de Rosa. Fundábalo

en decir que era más conveniente vivir en convento tan célebre, que no entre las beatas, cuyo estado era menos perfecto; y que podría en aquel santuario tener mejores ocasiones de servir á su Dios, vacar toda al espíritu y darse á la contemplación; y que no la diese cuidado el dote, que él lo allanaría todo, de suerte que fuese sin dificultad admitida. Este tiro fué de mucha fuerza para batir el corazón de Rosa. Añadíase á esto el ser del agrado de su madre, viéndose necesitada; y el convenir en lo mismo el parecer concorde de muchos siervos de Dios.

La virgen, aunque siempre estaba firme en su primer propósito y bien certificada de que su estado agradaba á Dios, no quiso dar á entender que era caprichosa ó que hacía poco caso de tantos como juzgaban le era más conveniente el nuevo monasterio; por lo que usando como otras veces del ardid de su extremado ingenio, eligió cuatro excelentes teólogos de la Orden de Predicadores; puso en sus manos y parecer el negocio; prometió ejecutar lo que determinase la mayor parte, teniendo por muy cierto que la Providencia divina no había de permitir que ellos concordasen en que dejase la senda estrecha que había escogido en el humilde estado de Tercera, por donde tan felizmente había corrido la seráfica maestra Santa Catalina de Sena.

A sus deseos correspondió el suceso, y obrando Dios con su poderosa mano, se dividieron en igual parte los votos, sin poder vencerse, ni moverse unos á otros; admirándose la virgen de ver que no les ocurrían razones á tan grandes maestros, para inclinar más la balanza á una parte que á otra, quedándose en el fiel. Venció, pues, su constancia, y desde allí adelante con más ánimo y confianza despidió á D. Gonzalo y á otras muchas personas que la importunaban que mudase de estado. A todos les respondía con humildad y dulzura: «Que le agradaba mucho la Orden que la proponían, que con tanta hermosura florecía en la Iglesia, y que estimaba las ofertas y la buena voluntad; pero que el

resolverse dependía de la inspiración divina, á quien siempre había de atender; que ésta tira por donde Dios quiere; que no siempre ordena lo que es de nuestra elección y antojo; que el mudar y elegir estado, si ha de ser con acierto, no es del que quiere ni del que corre por más que se fatigue, sino de la misericordia divina; que hasta ahora no había tenido impulsos que la moviesen á mudar de hábito, y que ella estaba determinada de vivir y morir sujeta al magisterio de Santa Catalina de Sena, y con la divisa de su hábito, que tiernamente amaba; que llegaría el tiempo en que se fundaría en Lima un nuevo monasterio de este nombre, y que no sabía si la tenía Dios reservada para que le habitase.»

Vencida esta dificultad quedaba otra mucho mayor y al parecer más justificada, como que tenía su fundamento en la humildad de la misma santa. Un escrúpulo que abrió brecha á un pensamiento temeroso la afligió mucho, representando á su imaginación que no venía bien que aquella cuya conciencia estaba tan manchada, vistiese exteriormente el hábito, que es todo nieve y todo armiños, cual es el de Santa Catalina de Sena, y que así se desengañase que era indigna de traerle; que con el candor de aquel traje engañaba al mundo, pues prometía más á la vista de los hombres de lo que valía el espíritu; que á ella sola faltaban todas las prendas y requisitos que deben corresponder á la blancura que brilla en el escapulario cándido; que el hábito que en Santa Catalina había sido protesta de virtud verdadera y símbolo de religión y observancia, era en ella no más que fantasma, público engaño y mentirosa hipocresía de santidad usurpada. Apretaba más las dificultades y la conciencia ver que el vestido blanco parece que era pregonero de la pureza, y daba ocasión al aplauso humano y á que la tuviesen en mucho y estimasen por muy casta y muy recatada. Esto daba á la virgen intolerable pena, porque muy de corazón había dado de mano á todo lo que era celebridad de su

nombre; y viendo que por lo público del hábito y por lo blanco era conocida entre las otras, y que cuando iba al templo desde muy lejos la señalaban con el dedo, la decían alabanzas y lisonjas á sus oídos, y algunos, cuando la encontraban la comparaban con Santa Catalina de Sena, sentía tanto tormento, que casi esto bastara á quitarle la aflicción que tenía al sagrado hábito que vestía y á persuadirla lo primero, que trajese el hábito oculto y después á que le dejase del todo. Apuráronla tanto estos pensamientos, que una vez la obligaron á que sin reparar en nada, partiese ligera á la capilla del Santísimo Rosario, como á sagrado, para librarse de las aflicciones que padecía, y radicarse más en su primer propósito, valiéndose del amparo poderoso de la Reina del cielo.

Sucedíola como deseaba; ya que en hincando las rodillas en la peana del altar, estando en oración se quedó sin sentido en un gustosísimo desmayo, que á la verdad fué arrobamiento y éxtasis soberano. Las que allí estaban de su hábito advirtieron en el rostro de la virgen que estaba como colgado de la sagrada imagen, fijos en ella los ojos por mucho tiempo, sin pestañear, y que al principio se puso pálida; luego comenzó á cambiarse en color de rosa, como si fuera un carbón ardiendo; toda la cara se llenó de luces y resplandores, despidiendo algunas centellas. Conjeturaron lo que podía ser, y que entre Rosa y Dios se trataba algún negocio de mucha importancia, y que el dosel en que presidía la Majestad misericordiosa era el Rosario, cuyos misterios son representados por los tres colores, blanco, rojo y resplandeciente. No se equivocaron las Terciarias; supuesto que vuelta Rosa á sus sentidos y al color natural, la que antes estaba enajenada prorrumpió súbitamente en alegres demostraciones de júbilo, y cantando sus victorias, dijo en voz alta: «Ea hermanas, alabemos todas á Dios, que ha sido servido unir á sus Terceras, y que seamos fieles compañeras, siendo el vínculo de todas la caridad bien

fundada.» Fácilmente entendieron el enigma cuantas eran sabedoras del combate pasado.

Tanto como esto costó á Rosa conseguir y conservar constantemente el hábito blanco de la seráfica Catalina.



CAPÍTULO VI

Abiertos los ciementos de una humildad profunda, levanta Rosa en su alma el suntuoso edificio de las demás virtudes.

CUÁN profundamente y con cuánta detención se ocupaba Rosa en considerar y ponderar el fondo de su nada, publicarlo á voces las acciones todas de su vida, que fué humildísima. Diremos aquí algo, compendiando lo mucho que pudiera decirse. Pareciale poco menos que nada hacer en casa de sus padres los oficios de una vil esclava, olvidando el ser hija querida; y así procuraba abatirse aún mucho más. Servía en ella una india cuyo nombre era Mariana, de condición agreste y rústica. Llamando á ésta aparte en lo mas retirado y más escondido de la habitación, la rogó, instó y obligó á que la pisase la boca y se pusiese de pies sobre sus espaldas y la pisotease como á desecho del mundo; y aun no satisfecha con esto, la pedía con humildes súplicas que la escupiese, maltratase y diese golpes; no omitiendo nada que pudiese conducir á vilipendio y desprecio. Si Mariana se templaba en la ejecución y solo obraba por